

Instantáneas



VERANEO EN CASA.



D. LUIS SOLER Y CASAJUANA
Director de *El Español*.

Periodista por vocación, por temperamento, por amor al oficio, es de los pocos que estiman la carrera periodística como fin y no como medio.

Soler y Casajuana empezó á periodistiquear muy joven, casi niño. En aquella época hizo lo que hacemos los chicos de la prensa: de todo un poco; revistas de teatros, crónicas musicales y artículos políticos que popularizaron pronto el seudónimo de *Incognito*. A los veintitrés años, como redactor-jefe de *El Diario Español*, hizo brillantes campañas políticas que le valieron consideración y aplausos del maestro Lorenzana y de hombres públicos tan eminentes como Cánovas y Castelar.

Diputado á Cortes por Puerto Rico, se distinguió por su amor á la enseñanza, en favor de la cual riñó grandes batallas parlamentarias.

Como director de *El Día*, su inteligencia, su sensatez y su cordura le colocaron pronto entre los periodistas de primera línea.

Catalán por su nacimiento y por sus afectos, liberal gamacista por convicción y por amor á las ideas y á la personalidad política de D. Germán Gamazo, pasó á ocupar la redacción en jefe de *El Español* cuando se fundó dicho diario, que viene dirigiendo desde que el muy querido D. José Sánchez Guerra cesó en el referido cargo directorial.

Lo que Soler y Casajuana ha hecho en *El Español* y hace en la revista *España*, de la que es propietario, díganlo las colecciones e dichos periódicos y díganlo todos los que no estén como yo ligados por vínculos de subordinación y de cariño al correcto escritor y cumplido caballero.

M. R. BLANCO-BELMONTE.

Instantáneas.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

Director, M. SALVI

EL PAJARILLO

«Dichosa el ave ignorada
que al espacio tiende el vuelo,

sin leyes que á su albedrío
pongan tiránicos frenos.»

¡Pobre avecilla! ¿Qué es para tí la vida? ¿De qué te sirven las alas, de qué tu belleza, si el egoísmo del hombre te priva de lo más santo, de lo más sublime: de la libertad?

No es tu cautiverio el que forma el cariño, no; á tu dueña le agradas por tu vistoso plumaje y tu armonioso canto, y te cuida, pero no te ama.

¡Y tú cantas! Tú cantas como canta el prisionero cuando piensa que la muerte puede darle la libertad y el descanso á sus sufrimientos.

Vedla cómo queda inmóvil y silenciosa, cómo tiende su mirada por la inmensidad de los aires. Vedla cómo contempla ese mar, ese cielo, esos bosques y esas flores que Dios crió para todos, y de los que la privan sus inhumanos carceleros. ¡Pobre y triste avecilla! ¡ella no tendrá una compañera, no tendrá nido, no velará por sus polluelos y nunca el aura de la bendita libertad oreará su pintado plumaje!

Mas ¿por qué tiembla la inocente avecilla? ¿Por qué se eriza su fino é irisado plumaje? Es que, allá en el bosque, ha escuchado el acento de las aves que, libres y felices, cantan sus amores y sus dichas; y ella también arrulla, pero en vano; ella entona los más armoniosos trinos que han de quedar sin respuesta. Pero no, no es posible que la voz del dolor, la voz del sentimiento, deje de levantar eco, y otra avecilla vuela al lado de su jaula y contesta con pasión á los lamentos del prisionero.

Sus notas se confunden, sus trinos se mezclan, sus corazoncitos quieren unirse y dar vida, con su amor, á los tiernos polluelos, que alimentarán con su pico.

De pronto se oye ruido en el balcón; es la dueña que viene á recoger el pajarillo; su compañera, asustada, vuela á esconderse entre el ramaje; el prisionero quiere seguirla, tiende las alas, lanza una agudísima nota y cae muerto sobre la dura tabla de su prisión.

Al ver su desgracia, al vencerse de su impotencia, al no poder vo'ar en pos de la dicha, el pajarillo ha muerto.

¡Pobre y triste avecilla! Su cuerpecito es arrojado para sustituirlo por otra en la jaula; no queda de ella ni un recuerdo, ni al lado de su cadáver revoloteará piando tristemente su adorada compañera. ¿Que exagero decís? ¡Qué sabe quien es dichoso y libre cómo aman y sufren los cautivos y los desgraciados!

CARMEN DE BURGOS SEGÚ.



Señorita doña Carmen Hidalgo.

Tip^o del teatro de la Zarzuela.

Positivas y Negativas

Buenas cosechas.—El problema del pan.—La bestia humana.—Escuelas y presidios.—Madrid sin cementerios.—¡Las cuarenta y ocho!

Las campiñas castellanas eran mares de oro; oro á chorros bajaba del cielo á los fogonazos del sol; oro liquido semejaban los maduros trigales que fingían olas áureas al leve soplo del viento.

—¡Buena cosecha!—exclamaban á coro los labradores.

De pronto una nube negra entenebreció el horizonte. El oro del cielo y el oro de la tierra perdieron su bruñido; tonos mates sustituyeron á las brillantes primeras.

Cayó la langosta sobre las campiñas feraces; roídas las cañas, rodaron deshechas las espigas; entristeciéndose el labriego, y el obrero, al clavar sus dientes en la morena hogaza, empezó á pensar en el precio á que tendría que pagar, para su sustento y el de sus hijos, el pan nuestro de cada día.

Y como si no fuera bastante con los estragos del temible ortóptero, surge en el horizonte otra nube negra: conflicto entre obreros y patronos; peticiones de operarios de tahonas; negativas de los dueños de fábricas de pan; huelga y próximo encarecimiento del primero de los artículos de primera necesidad.

Parece que la razón estaba de parte de los operarios. Supongo que no habrá inocente que dude de la actitud adoptada por la autoridad municipal: favorecer resueltamente la causa de los patronos.

No faltará pan á Madrid: lo fabricarán las factorías militares, lo amasarán operarios traídos de otras provincias, y al fin y á la postre, ahora como siempre, le tocará perder á Juan Pobre.

Cuando el invierno llegue y los *concienzudos* tahoneros suban el precio de su mercancía, veremos á la mendicidad llenar calles y plazas y veremos el fantasma del hambre señoreando en humildes bohordillas y en menguadas habitaciones de obreros.

Los huelguistas que no cedieron y los operarios despedidos por el fabricante no tendrán un pedazo del pan que amasaban; no podrán satisfacer las imperiosas exigencias del estómago vacío.

El hambre y la miseria.

¡Buena cosecha, señor Alcalde!

Buena cosecha. No se parecerá á la que ofrecían las campiñas castellanas fingiendo mares de oro.

Mares puede que haya. ¡Dios sabe si serán de lágrimas y desesperaciones!

* *

No pasa día sin que la crónica negra deje de añadir nombres y fechas á sus anales.

La bestia humana ruge en libertad, y sus zarrazos y mordiscos ensangrientan ciudades y aldeas.

Nos admiramos de las crueldades que, á á ciencia y paciencia del mundo, realizan las hordas de rebeldes chinos.

Poco tenemos que envidiarles.

En Madrid y en Sevilla, alcoholizados ó locos, acaban con la vida de criaturas inocentes; en Aragón un hombre mata á un matrimonio por no pagar *¡cuarenta y cinco céntimos* que le adeudaba!; en Palencia registrase un doble asesinato que pone horror

en las conciencias de todos; en un pueblo de Cádiz una mujer ultraja el santo nombre de madre, dejando morir de hambre á un niño acabado de nacer; en Badajoz una infame vende á su hija y la expone al mayor de los ultrajes; en Galicia dos cafres hieren y atropellan brutalmente á una anciana ciega y desvalida...

Es la bestia, la bestia humana que gruñe y se revuelca en el lodo de la impureza, y muerde y destroza cuanto halla á su alcance.

Al propio tiempo que á los criminales, es de justicia acusar á la sociedad que los lleva en su seno. La educación, el sentido moral que les falta, debió dárselo la sociedad, desbrozando esas inteligencias incultas y sembrando en ellas semillas de religión y de respeto al prójimo.

Con frase feliz dijo Castelar: «Cada escuela que se abre es un presidio que se cierra.»

Hoy vemos abrirse muchos presidios, y como consecuencia lógica cerrarse muchas escuelas.

Por si no bastaba, el Ministro de Instrucción pública, con intención buenísima, pero con acierto escaso, suprime de una plumada las Cajas especiales de fondos de primera enseñanza establecidas en las cuarenta y nueve provincias.

Merced á esas Cajas—en las que para honra de los que las desempeñaron jamás hubo desfalcos ni irregularidades—percibían puntualmente sus haberes los maestros de cuarenta y siete provincias.

Suprimida esta utilísima institución, poco hemos de tardar en tocar las funestas consecuencias de la no meditada reforma.

Los pagos se efectuarán irregularmente; empezaremos á oír quejas de profesores que no cobran; volverá á la realidad el tipo del maestro de escuela hambriento; se irán cerrando los centros de instrucción primaria, y habrá que abrir más y más presidios para albergar á los criminales, cuyo número irá en aumento á la par que aumente la ineducación.

* *

Madrid sin cementerios.

La noticia, á la hora que trazo estos renglones, no es del dominio público. Dentro de poco los *rotativos* la lanzarán á la calle y la adornarán con variados comentarios.

El hecho es ciertísimo. La mortalidad crece; el Este está próximo á llenarse; la proyectada Necrópolis sigue en proyecto; y, como los españoles no somos amigos de la cremación de cadáveres, pronto, muy pronto, Madrid no tendrá lugar en que dar cristiana sepultura á sus muertos.

Los gobernantes que disfrutamos ó nos disfrutaban no paran mientes en tales pequeñeces: ¿Que no hay pan? Pues no se come. ¿Que faltan cementerios? Pues no hay que morirse.

Después de todo, bastante hacen por nosotros con imponernos la hora oficial, que es un entretenimiento y una delicia.

Sobre todo cuando suenen las veinticuatro en un reloj de repetición.

M. R. BLANCO-BELMONTE.



Bélgica, que no ha destinado á su instalación más que una suma relativamente pequeña, un millón de francos, consignación oficial, expone sus productos divididos en una instalación de catorce grupos y tres anejos, y sin embargo su concurrencia no merece de la fastuosísima alemana, cuyos créditos de instalación se han elevado desde el primer momento á la considerable suma de 6.609.000 francos.

El Palacio de Bélgica, que está situado frente al pabellón de Luxemburgo y á la orilla del Sena, es una preciosa reconstitución, de perfecta fidelidad, de la maravillosa edificación gótica de la Casa municipal de Audenarde, con elevados y esbeltos campanarios, abundantes estatuas, profusos ventanales y sorprendentes cresterías.

El interior se corresponde con el llamativo aspecto exterior, y puede decirse, sin temor á exagerar, que lo exhibi-

do por Bélgica, aparte ciertas cosas de pura costumbre ó recuerdos históricos, es de lo que mejor llena los propósitos de que debe suponerse animados á los concurrentes á una Exposición universal.

Además, Bélgica es de los pocos países que en minería, industria, metalúrgica y maquinaria ha instalado algo verdaderamente nuevo, y que por lo mismo no fuera conocido científica y comercialmente con antelación al grandioso certamen parisiense. El desplome de éste, más aparente que real, se ha acentuado con exceso en estos últimos días, pues los *tickets* ó billetes de entrada, cuyo valor nominal es de un franco, ha descendido á 25 céntimos.

Pero esto, lógico ahora, porque á 35° centígrados no apetece encerrarse en locales muy concurridos, pasará con las lluvias de Agosto, y refrescada la atmósfera en los meses de Septiembre y Octubre, se desquitará la gran feria de los indiferentismos de hoy.



El Palacio de Bélgica.

Jacinto Octavio Picón

Uno de los españoles que más han honrado la literatura patria en el cuarto final de este siglo es D. Jacinto Octavio Picón. Ha entrado, pues, en la Academia española por derecho propio, y aun la circunstancia de suceder á Castelar en el docto areópago de los juzgadores de la lengua ha parecido muy lógica á quienes gustan de que sucedan á los mantenedores de la escuela democrática los que comulgan en los mismos principios, siquiera en la labor literaria disten entre sí lo que la severa línea griega de la prolija labor de la belleza gótica.

Novelador de cuerpo entero, Picón ha disfrutado la investidura académica en plena virilidad, lo que nos brinda la esperanza de que el autor de *El enemigo*, *Fortunata y Jacinta*, *Dulce y sabrosa*, y tantos otros libros y críticas de arte no menos *sabrosos*, no enmudecerá aprisionado en jaula de oro. Que sea así es el vehemente

G.



D. Jacinto Octavio Picón

leyendo su discurso de recepción en la Real Academia Española.

(Dibujo del natural.)

deseo de los que admiramos á Picón sin adularle y le queremos tal como es, antes por la sinceridad de su espíritu que por la bondad de las obras, con ser ésta mucha.

NOVIAS Y CASADAS

(APUROS DE UN SOLTERO)

Yo sé que lo primero que ocurrirá al lector pio... y casado al leer lo de *Apuros de un soltero*, será decir que soy un majadero, ó que soy, por lo menos, un chiflado. Mas lo pienso probar, á mi manera —y lo juro invocando á San Antonio— que esta vida soltera ¡será todo lo buena que se quiera, pero es mucho mejor el matrimonio!...

Eso de ver maridos tan felices que, por darnos envidias, sin temer de su esposa los deslices nos dan con su mujer en las narices diciéndonos: ¿La ves? ¡Pues te fastidias!... Eso de ir por la calle tan sereno y hallar á una casada zalamera... *más que la fruta del cercado ajeno* y... tenerse que echar por la otra acera, ¡hombre, si es más amargo que el veneno!... En cambio, lleve usted su novia al lado: como vayan ustedes distraídos, ya está el novio aviado... Por detrás, por delante y de costado

le sigue un regimiento de... maridos.

¿Que en esto del casorio no hay tu tía?

¿Que la casada agobia

porque suele traer chicos en su día?...

Pues más chicos... *en grande* trae la novia y se los paga el novio... ó se los fia (1).

Una esposa celosa

dicen que es un tormento. Pues yo anuncio

que es peor una novia que una esposa.

La mujer tendrá celos de... una hermosa, pero lo que es la novia... ¡hasta del Nuncio!

Además, el casado es quien dispone.

Tiene cualquier capricho de momento...

¿á que *ella*, la casada, no se opone?...

Vaya usted á la novia con el cuento,

¡y usted verá la cara que le pone!...

.....

En fin, yo soy soltero

y envidia del casado la gran suerte,

porque yo, más que novia mujer quiero.

Que la casada dura... hasta la muerte,

y ¡já ver qué novia dura un año entero!!

CRISTÓBAL DE CASTRO.

(1) Si el novio es dueño de una horchatería.

«Jarana»,

Los arabescos caprichos y extrañas melodías que «Jarana» arrancaba de las cuerdas de su guitarra, parecían tristes congojas de ilusiones perdidas y engañosas esperanzas, que llenas de ironía brotaban en originales coplas, en las que el descorazonado mozo trataba de esconder los furiosos celos y el ansia de vengar la burla de Curra, la hermosa morena que un día le mintió querer en miradas de fuego ya desvanecidas y en dulces palabras que llevó el viento.

Cuando al regresar del campo los mozos abandonaban el fatigoso pico que les rindió de fatiga á fuerza de herir la tierra, y al monótono cantar que acompañó el trabajo sucedía la alegre copla de la parranda, «Jarana» venía á llorar la pena de su abandono frente á una casita que cerca de la vereda y en la hondonada del río se alzaba, no blanca y limpia como sus vecinas, que entre el verde de los olivares semejaban florecillas de almendro, sino negrucha y sucia, sin más huecos que el de la puerta desvencijada, cubierta hasta su mitad por yerbajos silvestres, y el de una estrecha ventanita cruzada por ramas secas, en otro tiempo verdes, y que el aire al tocar hacía crujir, como si gimiesen por la falta de cuidado.

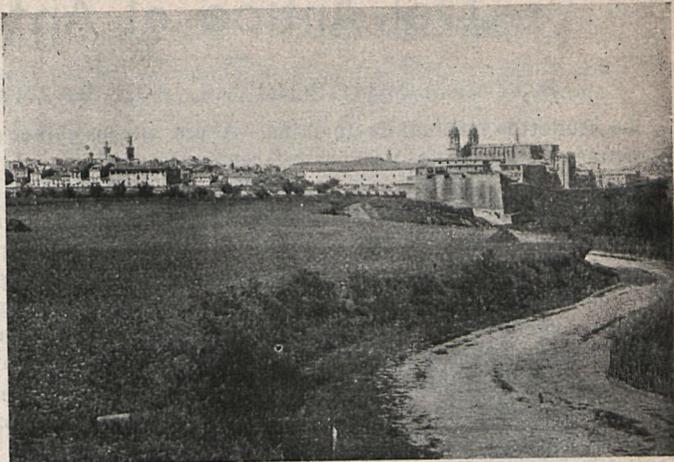
La cerrada puerta, las ramas secas de la ventana y el sordo eco con que en el interior resonaba el rasguear de «Jarana», hacían conocer la triste soledad que en el interior de la casa había. Y sin embargo, el descuido y la soledad de hoy sucedieron á un ayer en que fué blanca y alegre, en que las ramas de la ventanita habían florecido jazmines que casi tocaban el derruido parral, bajo el cual «Jarana» besó á su Curra, una noche que las mozas bailaban entre palmas y oles al compás de los palillos, mientras los mozos chocaban las cañas de la manzanilla que Curra les servía, más fina y olorosa que ninguna, porque ella la había trasegado; ella, la hermosa trigueña, que debió inspirar, sin duda, aquel cantar que dice:

«¡Mira qué bonita era!...
¡Se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera!»

Y que «Jarana», por vez primera, al pie de la reja de Curra, lanzó al viento con tal primor, que al decir de los mozos parecía más fervoroso rezo que amorosa copla.

Una tarde, las yerbecillas de la puerta se inclinaron tronchadas; en la ventana el seco jazminero seguía gimiendo, y en el poyo, por bajo del ruinoso parral, «Jarana» rasgueaba falsetas muy tristes... muy tristes.....

La vega parecía estar de fiesta. Entró los olivos y naranjales se veían las paredes recién *en caladas* de las casas del pueblo, que parecían de plata á los reflejos del sol espléndido que sobre la fértil campiña derramaba todo su fuego; el inmenso cielo, de puro azul, era pequeño para encerrar tanta alegría, solo comparable á la reflejada en los ojos de



PAMPLONA.—Vista parcial de la ciudad.

aquellas mujeres que *atontinan* cuando miran á través de los entornados párpados, de tan largas pestañas, que á veces enlazan como los de las siemprevivas y madre selvas á los hierros de la reja, nido de amores, al pie de la que suspira en falsetas la guitarra del mozo, que en coplas sentidas y hondas canta, rabioso de celos ó harto de desdenes, las ansias de sus quereres.

La alegre parranda salía del pueblo por la carretera. En la estrecha ventanita le pareció sentir á «Jarana» que crujían las ramas secas, miró, y entre las sombras débiles del lento anochecer, distinguió á Curra. Cesó de gemir penas, y engarabitados los dedos saltaron sobre las cuerdas de la guitarra en voluptuoso y alegre *jaleo*, como el de aquellos días que las mozas agitaban en el aire sus palillos y los mozos bebían la olorosa y fina manzanilla chocando antes las cañas.

Le parecía soñar; la vió inclinando su cuerpo sobre el marco de la ventana, haciendo crujir más las secas ramas, como si al contacto de tanta hermosura sintieran no reverdecer, y «Jarana» seguía mirando, mirando... sin querer convencerse que no era ilusión para mirarla más.

La parranda se acercaba cantando amores, penas, agravios, desdenes, en coplas y coplas; llegaron cerca de la casa; apagáronse los cantos; de la ventana, entre las sombras de la habitación, se perdió la ingrata, y sólo quedó «Jarana» mirando desvanecerse lo que él no creía realidad. Los mozos adivinaron la escena; riendo unos y compadecidos otros, reanudaron el cortejo de sus amores, mientras algún rezagado, al lado de «Jarana», oprimiéndole cariñosamente el brazo, le decía:

—Vete del pueblo.

—¡Dirme!—replicó «Jarana».—¡Dirme yo! ¡No había de olvidar! Y para eso es mejor venir á respirar aquí el olor de los azahares, de los jazmines de esta vega, á la vera de este poyo, donde la tuve en mis brazos... ¡Dirme! ¿Para qué? ¡Si no tengo penas! Si dende hoy ya verás, se acabaron las tristes *soleares*, empieza el *jaleo* de entonces, de aqueyos días que, con sus engaños, me hizo tanto bien la mu farsa...

Y vereda abajo, camino opuesto de la parranda, hechó hacia el río, sin volver la cara, arrasada en lágrimas.

JOAQUÍN SICILIA.

Del Artico al Antártico

NOTAS COSMOPOLITAS, POR LAZRAM O'NAIRAM

La «toilette» matinal de un chino.—Ahora que los chinos son *actualidad*, no creemos inoportunas las siguientes noticias referentes al aseo de un chino. Apenas deja el lecho un chino que sabe respetarse y lo que á sí mismo se debe; lo primero que hace es lavarse la dentadura, operación larga y delicada; para ella necesita un gran cubilete, una lima de plata para rasparse la lengua y una gran brocha para empaparla en el elixir de que está lleno el cubilete y lavarse bien las paredes de la boca. Después sale al patio á darse las abluciones, que, así se trate de un virrey, se efectúan de la manera más primitiva. Un gran barreño de barro ó cobre lleno de agua caliente y colocado sobre un escabel; un esclavo ó camarero introduce en el agua una verdadera *rodilla*, y con ella frota á su señor todo el cuerpo. Durante esta operación el magnate chino se entretiene en toser y en escupir.

El jabón casi no se conoce en China, pero algunos le reemplazan con una preparación de aceite de té y piedra pómez. El mandarín se lava después la cara, el cuello y las manos con otra rodilla, que es la misma que, para idéntico uso, se valen todos los individuos de su familia, por numerosa que sea. Terminadas las abluciones, el mandarín se pone los pantalones, se los ata al tobillo, se envuelve en su bata ó túnica, calza sus pies con babuchas de seda y ya tiene la *toilette* hecha para todo el día. Toma en seguida su té, enciende su pipa, por sí mismo si es un hombre activo, ó, en caso contrario, con ayuda de una joven servidora, encargada exclusivamente de esta operación; y una vez terminadas estas importantes obligaciones, manda traer su litera y comienza las innumerables visitas que ocupan la mayor parte del día á todos los buenos súbditos del Celeste Imperio.

Consecuencias de un «record» ciclista.—El teniente del 63 de infantería italiana, Enrico Berger, acababa de apearse de la bicicleta en que había batido un *record* de Roma-Albano-Castel Gandolfo-Masino Frascati-Roma, cuando se le vió palidecer y tambalearse; sus compañeros y el coronel, que habían estado esperando el regreso de la expedición, se

aproximaron á él y evitaron que cayera al suelo, siendo conducido á la enfermería, donde á los pocos momentos espiró, víctima, según el examen facultativo, de una parálisis cardíaca.

¡Ojo á los señores aficionados al *sport* ciclista!

Los teléfonos.—Curiosa estadística.—He aquí el número de teléfonos instalados con servicio público en diversos países del globo y en proporción por cada diez mil habitantes:

Suecia, 113; Estados Unidos, 107; Noruega, 97; Suiza, 93; Canadá, 67; Nueva Zelandia, 60; Luxemburgo, 47; Dinamarca, 46; Finlandia y Alemania, 29; Gran Bretaña, 18; Bélgica, 14; Austria, 9; Francia 7; España, 6; Italia, 4; Rusia, 2, y Japón, 1.

La estatura de los Soberanos.—Un periodista extranjero, admirado de la pequeña estatura de M. Loubet (en comparación de la de su antecesor M. Félix Faure), ha hecho una estadística que le ha dado por resultado el convencimiento de que la mayor parte de los Soberanos y jefes de Estado son de estatura menos que mediana.



ITALIA.—Consecuencias de un «record», ciclista.

INSTANTANEAS comenzará á publicar muy en breve, y en forma encuadernable, diez y seis páginas de novela. Con tal objeto ha conseguido que el distinguido novelista y celebrado poeta andaluz D. Salvador Rueda destine á la interesante lectura que ofrecemos á nuestros favorecedores una preciosa colección de originales, últimas producciones de su brillante pluma, titulada FLORES DEL ARRIATE (cuentos y cuadros), por SALVADOR RUEDA, cuyos originales obran ya en nuestro poder y pronto serán ofrecidos á los lectores de INSTANTANEAS.